

## Japón Incomprendido

**D**ESDE Marco Polo hasta las presentes líneas se ha escrito una gran Biblioteca occidental sobre el Japón. La lengua francesa, el alemán y sobre todo el inglés han sido los grandes ventanales por donde el mundo occidental se ha asomado al Sol Naciente. Pero, ¿han reflejado esos volúmenes la realidad del alma japonesa? Casi nos atreveríamos a decir que sólo han servido para desfigurarnos ese gran pueblo.

Un día visitando la Embajada de España en Tokyo, saludamos a un periodista español que acababa de pisar tierra firme en el aeropuerto de Haneda. Vengo, nos dijo, a escribir un libro sobre el Japón. ¿Qué tiempo piensa estar entre nosotros? le preguntamos. Sólo una semana. No puedo estar más. Si me detengo mas tiempo no me atrevería a escribir de los nipones. Me sucedería como a VV. los Misioneros, que conocen

demasiado para arriesgarse a escribir de este Oriente impenetrable.

Es curioso como a través de datos más o menos reales y objetivos, se ha llegado a deformar la realidad del alma japonesa. Todos conocemos el torpedo suicida y los palillos para comer el arroz, la belleza detallista de sus paisajes, la pequeñez de sus narices, el elegante kimono, una versión confusa de las geishas, y el pundonoroso rasgarse el vientre ante la pérdida de una bata-lla, pero todos nos quedamos sin saber cómo son los japoneses.

Javier fué el primer historiador occidental del Japón pues Marco Polo más bien fué el arquitecto de un edificio legendario y soñador. Es notable como este primer historiador del Japón es una honrosa excepción en esta brumosa historia del Extremo Oriente. Para nosotros, misioneros, tienen cada día más valor las cartas del Apóstol de las Indias. Apenas si tiene dos o tres errores de monta. En este instante pasa por mi memoria uno: según San Francisco Javier todos los Bonzos estaban en su tiempo en completa relajación. Hoy está completamente comprobado que habían algunas sectas en perfecta observancia p. e. algunos monasterios de la secta budista Zen.

Conviene estudiar un poco cómo se libró San Francisco Javier del espejismo oriental, y supo llegar al fondo del alma japonesa. El Santo prescindió de todo lo occidental y se llegó al centro del corazón nipón. Los demás quedaron prendidos en el detalles colorista y no pasaron de la dermis japonesa. Javier atravesó el Mar Interior salpicado de islas de ensueño, vio los grandes templos de Kyoto y Nara, los lagos azules reflejando las nieves albas de las montañas, el otoño de sus bosques incendiados por el rojo cardenalicio del momiji, las caritas de porcelana de los niños y sin embargo de nada de esto hace mención en sus cartas.

Para el humanista de París lo más bello de todo paisaje es el hombre y en el hombre su corazón. "Es gente buena y no maliciosa, nos dice a poco de llegar, gente de mucha honra, precian mucho las armas, de mucha cortesía, no sufren injurias ningunas. Son generalmente pobres, gente sobria en el comer, aunque en el beber son un poco largos, beben vino de arroz. Son hombres que no juegan ni juran, casi todos saben leer y escribir y tienen una sola mujer. Tierra en donde hay pocos ladrones. Es gente muy tratable y deseosa de saber".

La lentitud de los japoneses en sus decisiones trascendentales la palpó Javier en la conversión de su primer amigo el bonzo Ninxit (Corazón de Verdad). "En muchas pláticas que tuvimos le hallé dudoso en no saberse determinar..."

El Apóstol de las Indias llegaba al Japón después de conocer toda Asia. Su juicio pues, tiene no sólo valor absoluto sino también relativo. "Estas islas están muy bien dispuestas para recibir nuestra fe" añade, y por último la frase que llena de orgullo a los japoneses: "la gente con la que hemos conversado es la mejor hasta

ahora descubierta, me parece que entre la gente infiel no se hallará otra que gane a los japoneses". Javier, a través de las ceremonias interminables del té, y de las conversaciones circunstanciales del tiempo, derroche de horas para un occidental, descubrió las cualidades de este pueblo.

Pero volvemos a asegurar que estamos ante una excepción. La historia nuestra no ha acertado con el verdadero Japón. Ahora bien, como la historia no es más que una página presente que se dobló hacia el pasado, nos interesa saber qué página escribimos hoy de los japoneses.

Hoy como ayer no acertamos con el ángulo de tiro del Extremo Oriente. Rusia y Norteamérica vigilan a este pueblo pero no les importa demasiado su problema demográfico y económico. Toda Asia teme al Japón pero nadie se ha levantado en la ONU para decir que noventa millones de hombres y mujeres se revuelven en un estrecho espacio vital sin encontrar salida al exterior. En Inglaterra se oyen protestas de que los japoneses no respetan las patentes y copian todo lo que sale al mercado mundial. Quizás se olvidan que el derecho a la vida es anterior al derecho de propiedad.

El Ejército japonés, en la última guerra cometió, sobre todo al final de la campaña, no pocos desmanes, pero los mismos pueblos que le reprochan esos crímenes, le presentan el Control de la Natalidad y el aborto como única solución a su alarmante densidad de población. Se le reprochan las acciones violentas y se le inclina al crimen de seres indefensos.

También en el presente como en el pasado creemos que ha habido excepciones. Una de ellas es el Romano Pontífice. Pío XII vio la grandeza del alma japonesa en su derrota. Dice un poeta y soldado inglés del XVI que el corazón humano es como el sol que se muestra mayor en su ocaso. Japón ha sabido perder que es saberse levantar de la derrota. Cuando el Japón estaba totalmente destruido Eugenio Pacelli lo miró con compasión y con amor. Comprendió que este Imperio se levantaría como otra Alemania del Oriente y determinó que la Iglesia estuviera presente en ese resurgir. Pidió misioneros a todas las Ordenes y Congregaciones y su mirada y su corazón no se ha apartado del Lejano Oriente.

Quizás esta comprensión de Pío XII se deba a esa mirada de cariño a que aludíamos antes. Es verdad que nada se puede amar que no se conozca pero aquí se da también la paradoja psicológica de que muchas veces para comprender hay que amar o al menos que los prejuicios afectivos no precedan a la inteligencia de un pueblo. En una palabra, mientras reine el actual egoísmo internacional el Japón seguirá incomprendido.

*José María Mier-Terán, S. I.*

Misionero del Japón.